



James Joyce
Un Madre

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

UNA MADRE

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

UNA MADRE

El Sr. Holohan, secretario adjunto de la Sociedad Éire Abu, había estado caminando por Dublín durante casi un mes, con las manos y los bolsillos llenos de pedazos sucios de papel, organizando la serie de conciertos. Tenía una pierna tullida y por esto sus amigos lo llamaban "Hoppy Holohan". Caminaba constantemente de un lado a otro, se quedaba parado durante horas en las esquinas discutiendo y tomando notas; pero al final fue la Sra. Kearney quien arregló todo.

La Srta. Devlin se había convertido en la Sra. Kearney por despecho. Había sido educada en un convento de alta clase, donde había aprendido francés y música. Como era naturalmente pálida y de modales inflexibles, hizo pocos amigos en la escuela. Cuando llegó a la edad de casarse, fue enviada a muchas casas donde su forma de tocar el piano y sus modales de marfil fueron muy admirados. Se sentaba en medio del frío círculo de sus logros, esperando a que algún pretendiente se atreviera a ofrecerle una vida brillante. Pero los jóvenes que conocía eran ordinarios y no les daba ánimo, tratando de consolar sus deseos románticos comiendo mucho delicia turca en secreto. Sin embargo, cuando se acercó al límite y sus amigos comenzaron a soltar la lengua sobre ella, los silenció casándose con el Sr. Kearney, quien era zapatero en Ormond Quay.

Él era mucho mayor que ella. Su conversación, que era seria, se llevaba a cabo a intervalos entre su gran barba marrón. Después del primer año de vida matrimonial, la Sra. Kearney percibió que tal hombre resistiría mejor el paso del tiempo que una persona romántica, pero nunca abandonó sus propias ideas románticas. Él era sobrio, ahorrador y piadoso; iba al altar to-

dos los primeros viernes, a veces con ella, más a menudo solo. Pero ella nunca flaqueó en su religión y fue una buena esposa para él. En alguna fiesta en una casa extraña, cuando ella levantaba la ceja aunque fuera ligeramente, él se levantaba para despedirse y, cuando su tos le molestaba, ella le ponía el edredón sobre los pies y le hacía un fuerte ponche de ron. Por su parte, él era un padre modelo. Pagando una pequeña suma cada semana en una sociedad, aseguró para ambas hijas una dote de cien libras cada una cuando cumplieran veinticuatro años. Envió a la hija mayor, Kathleen, a un buen convento, donde aprendió francés y música, y luego pagó sus tarifas en la Academia. Cada año, en el mes de julio, la Sra. Kearney encontraba la ocasión para decir a alguna amiga:

— Mi buen hombre nos está enviando a Skerries por unas semanas.

Si no era Skerries, era Howth o Greystones. Cuando el Renacimiento Irlandés comenzó a ser apreciable, la Sra. Kearney decidió aprovechar el nombre de su hija y trajo un maestro de irlandés a la casa. Kathleen y su hermana enviaban postales de imágenes irlandesas a sus amigos y estos amigos devolvían otras postales de imágenes irlandesas. Los domingos especiales, cuando el Sr. Kearney iba con su familia a la procatedral, una pequeña multitud de personas se reunía después de la misa en la esquina de Cathedral Street. Todos eran amigos de los Kearney: amigos musicales o nacionalistas; y, cuando habían jugado con todos los chismes, se daban la mano unos a otros, riéndose al cruzarse tantas manos, y se despedían en irlandés. Pronto, el nombre de la Srta. Kathleen Kearney comenzó a ser escuchado a menudo en boca de la gente. La gente decía que era muy hábil en la música y una chica muy agradable y, además, que era una creyente en el movimiento del idioma. La Sra. Kearney estaba muy contenta con esto. Por lo tanto, no se sorprendió cuando un día el Sr. Holohan vino a verla y propuso que su hija fuera la acompañante en una serie de cuatro grandes conciertos que su Sociedad iba a dar en las Antiguas Salas de Conciertos. Ella lo llevó al salón, lo hizo sentarse y sacó la licorera y el barril de galletas de plata. Ella se comprometió de corazón y alma en los detalles del emprendimiento, aconsejando y disuadiendo: y finalmente se redactó un contrato por el cual Kathleen recibiría ocho guineas por sus servicios como acompañante en los cuatro grandes conciertos.

Como el Sr. Holohan era un novato en asuntos tan delicados como la redacción de programas y la disposición de los números, la Sra. Kearney lo

ayudó. Tenía tacto. Sabía qué artistas debían ir en mayúsculas y qué artistas debían ir en minúsculas. Sabía que el primer tenor no querría salir después del número cómico del Sr. Meade. Para mantener a la audiencia continuamente entretenida, colocaba los números dudosos entre los viejos favoritos. El Sr. Holohan la visitaba todos los días para recibir su consejo sobre algún punto. Ella era invariablemente amigable y aconsejadora, hogareña, de hecho. Le acercaba la licorera, diciendo:

— ¡Vamos, sírvase, Sr. Holohan!

Y mientras él se servía, ella decía:

— ¡No tenga miedo! ¡No tenga miedo!

Todo fue bien. La Sra. Kearney compró un hermoso charmeuse rosa en Brown Thomas's para agregar al frente del vestido de Kathleen. Costó un buen dinero, pero hay ocasiones en que un pequeño gasto está justificado. Tomó una docena de entradas de dos chelines para el concierto final y se las envió a esos amigos que no se podía confiar en que vinieran de otra manera. No olvidó nada, y, gracias a ella, todo lo que debía hacerse se hizo. Los conciertos iban a ser el miércoles, jueves, viernes y sábado. Cuando la Sra. Kearney llegó con su hija a las Antiguas Salas de Conciertos el miércoles por la noche, no le gustó el aspecto de las cosas. Unos pocos jóvenes, con distintivos azules brillantes en sus abrigos, estaban ociosos en el vestíbulo; ninguno llevaba traje de noche. Pasó junto a ellos con su hija y una rápida mirada a través de la puerta abierta del salón le mostró la causa de la ociosidad de los acomodadores. Al principio se preguntó si había confundido la hora. No, eran las veinte menos veinte.

En el camerino detrás del escenario le presentaron al secretario de la Sociedad, el Sr. Fitzpatrick. Ella sonrió y le estrechó la mano. Era un hombrecito, con un rostro blanco y vacío. Notó que llevaba su suave sombrero marrón descuidadamente ladeado y que su acento era plano. Sostenía un programa en la mano y, mientras hablaba con ella, masticaba un extremo del mismo hasta convertirlo en una pulpa húmeda. Parecía soportar las decepciones con ligereza. El Sr. Holohan entraba al camerino cada pocos minutos con informes de la taquilla. Los artistas hablaban entre ellos nerviosamente, miraban de vez en cuando al espejo y enrollaban y desenrollaban su música. Cuando eran casi las ocho y media, las pocas personas en el salón comenza-

ron a expresar su deseo de ser entretenidas. El Sr. Fitzpatrick entró, sonrió vaciamente a la sala y dijo:

—Bueno, señoras y caballeros. Supongo que deberíamos empezar.

La Sra. Kearney recompensó su sílaba final muy plana con una rápida mirada de desprecio y luego le dijo a su hija alentadoramente:

—¿Estás lista, querida?

Cuando tuvo la oportunidad, llamó al Sr. Holohan aparte y le preguntó qué significaba todo aquello. El Sr. Holohan no sabía lo que significaba. Dijo que el comité había cometido un error al organizar cuatro conciertos: cuatro eran demasiados.

—¡Y los artistas! —dijo la Sra. Kearney—. Por supuesto que están haciendo lo mejor que pueden, pero realmente no son buenos.

El Sr. Holohan admitió que los artistas no eran buenos, pero el comité, dijo, había decidido dejar que los primeros tres conciertos fueran como quisieran y reservar todo el talento para la noche del sábado. La Sra. Kearney no dijo nada, pero, a medida que los números mediocres se sucedían en el escenario y las pocas personas en el salón disminuían cada vez más, comenzó a lamentar haber incurrido en cualquier gasto para tal concierto. Había algo que no le gustaba en el aspecto de las cosas y la sonrisa vacía del Sr. Fitzpatrick la irritaba mucho. Sin embargo, no dijo nada y esperó a ver cómo terminaría. El concierto terminó poco antes de las diez y todos se fueron rápidamente a casa.

El concierto del jueves por la noche estuvo mejor asistido, pero la Sra. Kearney vio de inmediato que la casa estaba llena de entradas gratuitas. El público se comportó indecorosamente, como si el concierto fuera un ensayo informal. El Sr. Fitzpatrick parecía disfrutar; no era consciente de que la Sra. Kearney tomaba nota furiosa de su conducta. Se paraba al borde de la pantalla, de vez en cuando asomando la cabeza y riéndose con dos amigos en una esquina del balcón. Durante la noche, la Sra. Kearney se enteró de que el concierto del viernes sería cancelado y que el comité iba a mover cielo y tierra para asegurar una casa llena el sábado por la noche. Cuando escuchó esto, buscó al Sr. Holohan. Lo detuvo cuando él salía rápidamente con un vaso de limonada para una joven y le preguntó si era cierto. Sí, era cierto.

—Pero, por supuesto, eso no altera el contrato —dijo ella—. El contrato era para cuatro conciertos.

El Sr. Holohan parecía tener prisa; le aconsejó que hablara con el Sr. Fitzpatrick. La Sra. Kearney comenzaba a alarmarse. Llamó al Sr. Fitzpatrick lejos de su pantalla y le dijo que su hija había firmado para cuatro conciertos y que, por supuesto, según los términos del contrato, debía recibir la suma estipulada originalmente, ya sea que la sociedad diera los cuatro conciertos o no. El Sr. Fitzpatrick, quien no captó el punto en cuestión muy rápidamente, parecía incapaz de resolver la dificultad y dijo que llevaría el asunto ante el comité. La ira de la Sra. Kearney comenzó a agitarse en su mejilla y tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntar:

—¿Y quién es el Comité, por favor?

Pero sabía que no sería propio de una dama hacerlo: así que se mantuvo en silencio.

Temprano el viernes por la mañana, se enviaron a los principales lugares de Dublín a pequeños niños con paquetes de volantes. Aparecieron anuncios especiales en todos los periódicos de la tarde, recordando al público amante de la música el deleite que les esperaba la noche siguiente. La Sra. Kearney se sintió algo aliviada, pero pensó que sería mejor contarle a su esposo parte de sus sospechas. Él escuchó atentamente y dijo que quizás sería mejor si él la acompañaba el sábado por la noche. Ella estuvo de acuerdo. Respetaba a su esposo de la misma manera que respetaba a la Oficina General de Correos, como algo grande, seguro y fijo; y aunque conocía el escaso número de sus talentos, apreciaba su valor abstracto como hombre. Estaba contenta de que él hubiera sugerido acompañarla. Ella reflexionó sobre sus planes.

Llegó la noche del gran concierto. La Sra. Kearney, con su esposo y su hija, llegó a las Antiguas Salas de Conciertos tres cuartos de hora antes de la hora en que debía comenzar el concierto. Por mala suerte, era una noche lluviosa. La Sra. Kearney dejó las ropas y la música de su hija a cargo de su esposo y recorrió todo el edificio buscando al Sr. Holohan o al Sr. Fitzpatrick. No pudo encontrar a ninguno. Preguntó a los acomodadores si algún miembro del comité estaba en el salón y, después de mucho esfuerzo, un acomodador trajo a una pequeña mujer llamada Srta. Beirne a quien la Sra. Kearney explicó que quería ver a uno de los secretarios. La Srta. Beirne es-

peraba que llegaran en cualquier momento y preguntó si podía hacer algo. La Sra. Kearney miró atentamente el rostro algo viejo que estaba en una expresión de confianza y entusiasmo y respondió:

— ¡No, gracias!

La pequeña mujer esperaba que tuvieran una buena casa. Miró hacia la lluvia hasta que la melancolía de la calle mojada borró toda la confianza y entusiasmo de sus rasgos torcidos. Luego suspiró y dijo:

— ¡Ah, bueno! Hicimos nuestro mejor esfuerzo, eso lo sabe Dios.

La Sra. Kearney tuvo que volver al camerino.

Los artistas estaban llegando. El bajo y el segundo tenor ya habían llegado. El bajo, el Sr. Duggan, era un joven delgado con un bigote negro disperso. Era hijo de un portero en una oficina de la ciudad y, de niño, había cantado notas de bajo prolongadas en el resonante vestíbulo. Desde ese estado humilde se había elevado hasta convertirse en un artista de primer nivel. Había aparecido en la gran ópera. Una noche, cuando un artista de ópera se había enfermado, asumió el papel del rey en la ópera de Maritana en el Queen's Theatre. Cantó su música con gran sentimiento y volumen y fue cálidamente recibido por la galería; pero, desafortunadamente, estropeó la buena impresión al limpiarse la nariz con la mano enguantada una o dos veces por descuido. Era modesto y hablaba poco. Decía "yous" tan suavemente que pasaba desapercibido y nunca bebía nada más fuerte que leche por el bien de su voz. El Sr. Bell, el segundo tenor, era un hombrecito rubio que competía todos los años por premios en el Feis Ceoil. En su cuarto intento, le habían otorgado una medalla de bronce. Era extremadamente nervioso y extremadamente celoso de otros tenores y cubría su nerviosa envidia con una amigabilidad efusiva. Su humor era hacer que la gente supiera lo difícil que era un concierto para él. Por lo tanto, cuando vio al Sr. Duggan, se acercó a él y le preguntó:

— ¿Tú también estás en esto?

— Sí — dijo el Sr. Duggan. El Sr. Bell se rió de su compañero de sufrimiento, extendió la mano y dijo:

— ¡Dame la mano!

La Sra. Kearney pasó junto a estos dos jóvenes y se acercó al borde de la pantalla para ver el salón. Las butacas se estaban llenando rápidamente y un agradable ruido circulaba en el auditorio. Volvió y habló en privado con su esposo. Su conversación evidentemente era sobre Kathleen porque ambos la miraban a menudo mientras ella conversaba con una de sus amigas nacionalistas, la Srta. Healy, la contralto. Una mujer desconocida y solitaria con un rostro pálido atravesó la sala. Las mujeres siguieron con ojos agudos el vestido azul desvaído que se estiraba sobre un cuerpo magro. Alguien dijo que era Madam Glynn, la soprano.

—Me pregunto dónde la habrán encontrado —dijo Kathleen a la Srta. Healy—. Estoy segura de que nunca oí hablar de ella.

La Srta. Healy tuvo que sonreír. En ese momento, el Sr. Holohan entró cojeando en el camerino y las dos jóvenes le preguntaron quién era la mujer desconocida. El Sr. Holohan dijo que era Madam Glynn de Londres. Madam Glynn se ubicó en un rincón de la sala, sosteniendo un rollo de música rígidamente frente a ella y, de vez en cuando, cambiando la dirección de su mirada asustada. La sombra tomó su vestido desvaído para protegerlo, pero cayó vengativamente en la pequeña cavidad detrás de su clavícula. El ruido del salón se hizo más audible. El primer tenor y el barítono llegaron juntos. Ambos estaban bien vestidos, corpulentos y complacientes y trajeron un sople de opulencia a la compañía.

La Sra. Kearney llevó a su hija hacia ellos y habló con ellos amablemente. Quería estar en buenos términos con ellos pero, mientras se esforzaba por ser educada, sus ojos seguían al Sr. Holohan en sus cursos cojeando y desviados. Tan pronto como pudo, se disculpó y salió tras él.

—Sr. Holohan, quiero hablar con usted un momento —dijo ella.

Bajaron a una parte discreta del pasillo. La Sra. Kearney le preguntó cuándo le iban a pagar a su hija. El Sr. Holohan dijo que el Sr. Fitzpatrick estaba a cargo de eso. La Sra. Kearney dijo que no sabía nada sobre el Sr. Fitzpatrick. Su hija había firmado un contrato por ocho guineas y tendría que ser pagada. El Sr. Holohan dijo que no era asunto suyo.

—¿Por qué no es asunto suyo? —preguntó la Sra. Kearney—. ¿No fue usted quien le trajo el contrato? De todos modos, si no es asunto suyo, es asunto mío y pienso encargarme de ello.

—Es mejor que hable con el Sr. Fitzpatrick —dijo el Sr. Holohan distante.

—No sé nada sobre el Sr. Fitzpatrick —repitió la Sra. Kearney—. Tengo mi contrato y tengo la intención de que se cumpla.

Cuando volvió al camerino, sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas. La sala estaba animada. Dos hombres con ropa de calle se habían apoderado de la chimenea y charlaban familiarmente con la Srta. Healy y el barítono. Eran los hombres de Freeman y el Sr. O'Madden Burke. El hombre de Freeman había venido a decir que no podía esperar para el concierto porque tenía que informar sobre la conferencia que un sacerdote estadounidense estaba dando en la Mansion House. Dijo que debían dejar el informe para él en la oficina de Freeman y se aseguraría de que se publicara. Era un hombre de pelo gris, con una voz plausible y modales cuidadosos. Sostenía un cigarro apagado en la mano y el aroma del humo del cigarro flotaba cerca de él. No tenía la intención de quedarse un momento porque los conciertos y los artistas lo aburrían considerablemente, pero permaneció apoyado en la repisa de la chimenea. La Srta. Healy se paró frente a él, hablando y riendo. Él tenía la edad suficiente para sospechar una razón para su cortesía, pero joven de espíritu para aprovechar el momento. El calor, la fragancia y el color de su cuerpo apelaban a sus sentidos. Era agradablemente consciente de que el pecho que veía subir y bajar lentamente debajo de él subía y bajaba en ese momento por él, que la risa, la fragancia y las miradas voluntarias eran su tributo. Cuando no pudo quedarse más, se despidió de ella con pesar.

—El Sr. O'Madden Burke escribirá la reseña —explicó al Sr. Holohan— y yo me aseguraré de que se publique.

—Muchas gracias, Sr. Hendrick —dijo el Sr. Holohan—. Sé que lo publicará. Ahora, ¿no quiere tomar algo antes de irse?

—No me importa —dijo el Sr. Hendrick.

Los dos hombres recorrieron algunos pasajes tortuosos y subieron una escalera oscura hasta llegar a una sala apartada donde uno de los acomodadores descorchaba botellas para unos pocos caballeros. Uno de estos caballeros era el Sr. O'Madden Burke, quien había encontrado la sala por instinto. Era un hombre mayor y suave que equilibraba su imponente cuerpo, cuando estaba en reposo, sobre un gran paraguas de seda. Su magniloquente

nombre occidental era el paraguas moral sobre el que equilibraba el fino problema de sus finanzas. Era ampliamente respetado.

Mientras el Sr. Holohan entretenía al hombre de Freeman, la Sra. Kearney hablaba tan animadamente con su esposo que él tuvo que pedirle que bajara la voz. La conversación de los demás en el camerino se había vuelto tensa. El Sr. Bell, el primer número, estaba listo con su música pero la acompañante no daba señales. Evidentemente, algo andaba mal. El Sr. Kearney miraba fijamente hacia adelante, acariciándose la barba, mientras la Sra. Kearney hablaba al oído de Kathleen con énfasis contenido. Desde el salón llegaban sonidos de aliento, aplausos y golpes de pies. El primer tenor, el barítono y la Srta. Healy estaban juntos, esperando tranquilamente, pero los nervios del Sr. Bell estaban muy agitados porque tenía miedo de que el público pensara que había llegado tarde.

El Sr. Holohan y el Sr. O'Madden Burke entraron en la sala. En un momento, el Sr. Holohan percibió el silencio. Se acercó a la Sra. Kearney y habló con ella con seriedad. Mientras hablaban, el ruido en el salón creció. El Sr. Holohan se puso muy rojo y emocionado. Hablaba con volubilidad, pero la Sra. Kearney decía bruscamente a intervalos:

—Ella no saldrá. Debe recibir sus ocho guineas.

El Sr. Holohan señalaba desesperadamente hacia el salón donde el público aplaudía y golpeaba el suelo. Apeló al Sr. Kearney y a Kathleen. Pero el Sr. Kearney continuó acariciándose la barba y Kathleen miraba hacia abajo, moviendo la punta de su nuevo zapato: no era culpa suya. La Sra. Kearney repetía:

—No saldrá sin su dinero.

Después de una rápida lucha de palabras, el Sr. Holohan salió apresuradamente. La sala quedó en silencio. Cuando la tensión del silencio se volvió algo dolorosa, la Srta. Healy le dijo al barítono:

—¿Ha visto a la Sra. Pat Campbell esta semana?

El barítono no la había visto pero le habían dicho que estaba muy bien. La conversación no llegó más lejos. El primer tenor inclinó la cabeza y comenzó a contar los eslabones de la cadena de oro que se extendía por su cintura, sonriendo y tarareando notas al azar para observar el efecto en el seno frontal. De vez en cuando, todos miraban a la Sra. Kearney.

El ruido en el auditorio se había convertido en un clamor cuando el Sr. Fitzpatrick irrumpió en la sala, seguido por el Sr. Holohan, que jadeaba. Los aplausos y los golpes en el salón estaban acompañados por silbidos. El Sr. Fitzpatrick tenía algunos billetes en la mano. Contó cuatro en la mano de la Sra. Kearney y dijo que recibiría la otra mitad en el intermedio. La Sra. Kearney dijo:

—Faltan cuatro chelines.

Pero Kathleen recogió su falda y dijo: "Ahora, Sr. Bell," al primer número, que temblaba como un álamo. El cantante y la acompañante salieron juntos. El ruido en el salón se desvaneció. Hubo una pausa de unos segundos: y luego se escuchó el piano.

La primera parte del concierto fue muy exitosa, excepto por el número de Madam Glynn. La pobre señora cantó Killarney con una voz sin cuerpo y jadeante, con todos los manierismos anticuados de entonación y pronunciación que creía que daban elegancia a su canto. Parecía como si hubiera sido resucitada de un viejo guardarropa de teatro y las partes más baratas del salón se burlaron de sus notas altas y lastimeras. Sin embargo, el primer tenor y la contralto fueron ovacionados. Kathleen tocó una selección de aires irlandeses que fue generosamente aplaudida. La primera parte terminó con una recitación patriótica inspiradora entregada por una joven que organizaba teatrales amateurs. Fue merecidamente aplaudida; y, cuando terminó, los hombres salieron para el intermedio, contentos.

Todo este tiempo el camerino era un hervidero de emoción. En una esquina estaban el Sr. Holohan, el Sr. Fitzpatrick, la Srta. Beirne, dos de los acomodadores, el barítono, el bajo y el Sr. O'Madden Burke. El Sr. O'Madden Burke dijo que era la exhibición más escandalosa que había presenciado. La carrera musical de la Srta. Kathleen Kearney en Dublín había terminado después de eso, dijo. Al barítono le preguntaron qué pensaba de la conducta de la Sra. Kearney. No le gustaba decir nada. Había sido pagado y deseaba estar en paz con los hombres. Sin embargo, dijo que la Sra. Kearney podría haber considerado a los artistas. Los acomodadores y los secretarios debatieron acaloradamente sobre lo que se debería hacer cuando llegara el intermedio.

—Estoy de acuerdo con la Srta. Beirne —dijo el Sr. O'Madden Burke—. No le paguen nada.

En otra esquina de la sala estaban la Sra. Kearney y su esposo, el Sr. Bell, la Srta. Healy y la joven que debía recitar la pieza patriótica. La Sra. Kearney dijo que el comité la había tratado escandalosamente. No había escatimado ni esfuerzo ni gasto y así era como la recompensaban.

Pensaban que solo tenían que lidiar con una chica y que, por lo tanto, podían pasar por encima de ella. Pero les demostraría su error. No se habrían atrevido a tratarla así si hubiera sido un hombre. Pero se aseguraría de que su hija obtuviera sus derechos: no la tomarían por tonta. Si no le pagaban hasta el último centavo, haría que Dublín retumbara. Por supuesto, lamentaba por los artistas. Pero ¿qué más podía hacer? Ella apeló al segundo tenor, que dijo que pensaba que no había sido bien tratada. Luego apeló a la Srta. Healy. La Srta. Healy quería unirse al otro grupo, pero no le gustaba hacerlo porque era una gran amiga de Kathleen y los Kearney a menudo la habían invitado a su casa.

Tan pronto como terminó la primera parte, el Sr. Fitzpatrick y el Sr. Holohan se acercaron a la Sra. Kearney y le dijeron que las otras cuatro guineas serían pagadas después de la reunión del comité el siguiente martes y que, en caso de que su hija no tocara para la segunda parte, el comité consideraría el contrato roto y no pagaría nada.

—No he visto ningún comité —dijo la Sra. Kearney enojada—. Mi hija tiene su contrato. Recibirá cuatro libras y ocho en su mano o no pondrá un pie en esa plataforma.

—Estoy sorprendido de usted, Sra. Kearney —dijo el Sr. Holohan—. Nunca pensé que nos trataría de esta manera.

—¿Y cómo me trataron ustedes a mí? —preguntó la Sra. Kearney.

Su rostro se inundó de un color enojado y parecía como si fuera a atacar a alguien con sus manos.

—Estoy pidiendo mis derechos —dijo.

—Podría tener algo de decencia —dijo el Sr. Holohan.

—¿De veras? . . . Y cuando pregunto cuándo se le va a pagar a mi hija, no puedo obtener una respuesta civilizada.

Sacudió la cabeza y asumió una voz altanera:

—Debe hablar con el secretario. No es asunto mío. Soy un gran tipo, fol-the-diddle-I-do.

—Pensé que era una dama —dijo el Sr. Holohan, alejándose bruscamente de ella.

Después de eso, la conducta de la Sra. Kearney fue condenada por todos: todos aprobaron lo que había hecho el comité. Ella se quedó en la puerta, demacrada de ira, discutiendo con su esposo e hija, gesticulando con ellos. Esperó hasta que fue hora de comenzar la segunda parte con la esperanza de que los secretarios se le acercaran. Pero la Srta. Healy había aceptado amablemente tocar uno o dos acompañamientos. La Sra. Kearney tuvo que hacerse a un lado para permitir que el barítono y su acompañante subieran al escenario. Se quedó quieta por un instante como una imagen de piedra enojada y, cuando las primeras notas de la canción llegaron a sus oídos, tomó el abrigo de su hija y le dijo a su esposo:

—¡Consigue un taxi!

Él salió inmediatamente. La Sra. Kearney envolvió el abrigo alrededor de su hija y lo siguió. Mientras pasaba por la puerta, se detuvo y miró furiosa al rostro del Sr. Holohan.

—No he terminado contigo todavía —dijo.

—Pero yo he terminado contigo —dijo el Sr. Holohan.

Kathleen siguió a su madre dócilmente. El Sr. Holohan comenzó a caminar de un lado a otro de la sala, para calmarse porque sentía su piel ardiendo.

—¡Esa es una buena dama! —dijo—. ¡Oh, es una buena dama!

—Hiciste lo correcto, Holohan —dijo el Sr. O'Madden Burke, apoyado en su paraguas en señal de aprobación.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB